

riencia del bien y sea la virtud un escándalo para los demás. Verdad es que, por pura aversión á la virtud, muchos hablan de fanatismo allí donde todo se encuentra en el mayor orden.

Pero, desgraciadamente, tampoco es posible negar que hay realmente fanatismos y exageraciones que causan mayores escándalos que el mismo mal con toda su malicia descubierta, como sucede en la práctica del bien cuando no se tienen presentes ni el orden ni las proporciones convenientes. Ahora bien, «todo esto, dijo ya Aristóteles, no es muy fácil, y exige previsión, experiencia y atención». ⁽¹⁾ El mismo pensamiento expresa San Agustín, pero con mucha independencia del filósofo griego. «De la misma manera, dice, que sólo da en el blanco el tirador que tiene mucho ejercicio y pone toda atención, así sólo el que pone atención y es celoso, podrá llegar al justo medio, y por él á la virtud. Los que se satisfacen con cualquier cosa, pueden ilusionarse y creer que basta con echarse á dormir y soñar virtudes. Pero no, la verdadera virtud exige lucha». ⁽²⁾ Cuestión es esta que no se les ocultó á los antiguos. «El camino de la virtud, dice Hesiodo, está regado de sudor». ⁽³⁾ Y Simonides canta:

«Según refrán viejo, construye su nido
»La virtud en altas y escarpadas rocas;
»Ninguna mirada llegar ha podido
»A tan altas cimas. Esperanzas locas
»Serían, tan arriba si llegar presume
»Quien copiosamente por todos sus poros
»No suda, ni en ello sus fuerzas consume»... ⁽⁴⁾

Los que constantemente hablan de las exageraciones de la doctrina cristiana y del fanatismo de sus partidarios, pueden ver si tienen derecho á dar su opinión, cuando se trata de esfuerzos serios para la virtud. Es de temer que

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 9, 2, 3. Andronic. Rhod., *Paraphr.*, 2, 8.
(2) S. Agustín, *De quantitate animae*, 16, 27.
(3) Hesiodo, *Opera*, 289 (Lehrs).
(4) Clemente de Alejandría, *Strom.*, 4, 7, 48.

abusen demasiado de palabras tan sagradas, y que confundan con la virtud lo mediano y lo superficial. «La virtud, dijo ya Andrónico de Rodas, está, es verdad en el medio, pero no es virtud toda medida media, ó mejor, toda medianía». ⁽¹⁾

10. Necesidad y sublimidad de la virtud de la prudencia.—Por eso, contra lo que dicen los chinos y los racionalistas, piensa también Aristóteles «que es difícil la práctica de la virtud en cada caso particular, siendo imposible llegar hasta ella sin la prudencia». ⁽²⁾ En este punto están conformes todos los Doctores cristianos. ¿Cómo puede ser, dicen, que en toda la serie de criaturas sean una excepción la deformidad y la falta de actividad, siendo, al contrario, en el hombre casi la regla general? No es, responden, porque su naturaleza sea de peor condición que la de los demás seres, sino porque el éxito depende de su propio y libre trabajo. Ahora bien, este trabajo libre sólo con dos condiciones puede tener efecto, con la aplicación y, sobre todo, con la circunspección prudente. Por desgracia, no piensa suficientemente que su honor consiste en poder ser él mismo la causa de su perfección; y busca la manera de libertarse de sus deberes, como de carga que le impone ese testimonio de superioridad. Sin embargo, esto no deja de ofrecer su encanto cuando oye uno decir á Eduardo Hartmann, en nombre de la conciencia personal de la época, que «es cuestión de gusto la observancia de la medida exacta y del justo medio». ⁽³⁾ En realidad, lo que se significa con estas palabras es sencillamente el miedo al esfuerzo moral y al trabajo intelectual. Á los que encuentren demasiado severo este juicio, les invitamos á acompañarnos de nuevo á la escuela de los Padres del desierto, para nuestra instrucción y quizás también para nuestra saludable confusión.

Cuenta uno de aquellos grandes monjes, el Abad Moi-

(1) Andronic. Rhod., *Paraphr. Ethic. Nicom.*, 4, 11.
(2) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 6, 15 y sig.; 6, 1, 1 y sig.
(3) Hartmann, *Phænomenologie des sittlichen Bewusstseins*, 118.

sés, que, siendo muy joven, asistió á una conversación que tuvieron los Padres antiguos en la celda del gran Antonio, en la Tebaida. Versó la conversación sobre la virtud que con más seguridad lleva á la más alta perfección. Cada uno daba su opinión, y presentaba la que le parecía que tenía la cualidad pedida: el ayuno, la pureza del corazón, el desapego de las cosas del mundo, la humildad y la caridad; y apoyaban su opinión en numerosas é importantes razones. El Venerable Anacoreta esperó que terminasen todos, y por fin dijo: Bueno y verdadero es todo lo que acabáis de decir; sin embargo, ¡á qué locuras no ha llevado á muchos el exagerado deseo de mortificación! ¡Cuántos han tenido desastroso fin, como consecuencia de su irreflexión en el cumplimiento de las obras de caridad! Debe haber, pues, una virtud más elevada aún que las que acabáis de presentar, una virtud que preserve de descarríos á todas las demás virtudes, que son, por cierto, muy buenas en sí; es el don de la discreción razonable. Esta sola nos enseña á andar por el camino real, evitando los escollos que lo cercan; ella sola puede impedir la elevación sobre la justa proporción por exceso de celo, ó el entorpecimiento por una molición perezosa; es ella ese ojo que nos ilumina, y del cual se ha dicho en el Evangelio, que «si fuere sencillo, iluminará todo nuestro cuerpo»; (1) ella la que tuvo presente la Escritura, cuando dijo: «Con la sabiduría se edificará la casa, y con la prudencia se afirmará». (2) Pero Antonio pensaba que esta doctrina, semejante al alimento fuerte de que habla el Apóstol, conviene solamente á las naturalezas perfectas y generosas, ó á esas naturalezas que, aunque débiles por sí, se han hecho enérgicas por el ejercicio y por la actividad en que han desplegado todos sus esfuerzos. (3)

Como consecuencia de este discurso, dice Moisés: «Conviniéron todos los presentes en que á todos era necesaria

- (1) S. Mateo, VI, 22.
 (2) Prov., XXIV, 3.
 (3) Hebreos, V, 14.

la prudencia, porque sólo por ella podían crecer con seguridad y vivir permanentemente las demás virtudes». (1) Todos pensaron, pues, exactamente como San Bernardo, cuando dijo que la prudencia «no es virtud semejante á las otras, sino la conductora de todas las virtudes y la maestra de la moral». (2)

En los siglos cristianos, pensó y habló la conciencia de los pueblos como los antiguos Padres y como los áridos Escolásticos. Tenemos delante una doctrina que hizo gran papel en la poesía popular de la Edad Media. También ella considera la virtud como «el Justo Medio». (3) «Entre dos defectos hay siempre una virtud», (4) dice Thomasino. Mas para distinguirla de todo lo que le es contrario y de todo lo que la desfigura, se necesita prudencia, ó, según la expresión habitual de la Edad Media, discreción. Para esta Edad, la discreción es la ciencia de juzgar de todas las cosas con exactitud, el arte de señalar á cada una el lugar que le conviene y de cumplir todos los deberes como deben ser cumplidos. Por eso nunca se cansan los poetas de elogiarla. (5) «Discreción y prudencia son virtudes inseparables». (6) «La discreción no es virtud como las demás, es el coronamiento de todas ellas». (7) «Sin discreción no hay verdadera virtud; sin discreción son trabajos perdidos el sufrimiento, la ciencia y el arte». (8) Donde dice la Escritura: «La sabiduría es mejor que la fuerza, y vale más la prudencia que el poder de las armas», (9) la Edad Media dice:

«Discreto antes que valiente
 »Ser quiere el hombre prudente». (10)

- (1) Casiano, *Collat.*, 5, 2, 4.
 (2) S. Bernardo, *Cantic.*, 49, 5.
 (3) Meissner, 10, 4. (Hagen, *Minnesinger III*, 100).
 (4) Thomasin von Zerclaere, *Der wælsche Gast*, 9993 y sig.
 (5) Meissner, 15, 3. (Hagen, *III*, 103). Thomasin, 7559 y sig.
 (6) Heinrich, von Meissen (Frauenlob). *Prov.*, 376, 3 (Ettmüller, 213).
 (7) Freidank, 1, 1, 2. Thomasin, 3879 y sig., 6165 y sig.
 (8) Freidank, 126, 9 y sig. (Bezzenger, 182).
 (9) Prov., XXI, 22. *Eclesiastés*, IX, 18. Sabiduría, VI, 1.
 (10) Thomasin, 8513 y sig.

Por eso, á los hombres ilustrados se les oye hablar por todas partes de la discreción: «de la discreción en el empleo de los bienes temporales»,⁽¹⁾ «de la discreción en el goce de los placeres»,⁽²⁾ «de la discreción en la vida doméstica»,⁽³⁾ «de la discreción en la práctica de la amistad». ⁽⁴⁾ «El que no tiene discreción no tiene más valor que el que no sabe dominarse á sí mismo»; ⁽⁵⁾ y, por consiguiente, no tiene derecho á ser admitido entre los hombres cultos. Es tan gran defecto para todos la falta de discreción, que Wolfram no encuentra expresión más denigrante para estigmatizar á Meljahcanz, el terrible raptor de muchachas, que la de «hombre sin discreción». ⁽⁶⁾

Véase á dónde van á parar los que dicen que la doctrina del justo medio es cuestión de gustos. En pocas palabras excluyen de la vida humana la prudencia, haciendo de la virtud, y perdónesenos la expresión, un juego de gallina ciega. Pero sale al encuentro el Cristianismo con su doctrina moral. Aunque la considera necesaria para el hombre todo entero, sin embargo, la tiene en cuenta especialmente para la razón humana. Por eso, cuanto más empeño pone la moderna moral anticristiana en pescar á río revuelto, tanto más obligados nos sentimos nosotros á glorificar nuestra fe como la religión de la razón prudente.

11. Orden de la medida exacta.—Esta doctrina hace aparecer otra gloria para el Cristianismo. La Edad Media habla de la virtud de la «medida exacta», ó, según su expresión, de la virtud, «der mâze», en términos más encomiásticos que los que usa para celebrar la discreción. ⁽⁷⁾ La pone sobre las demás virtudes, como divisa de senti-

- (1) *Parcival*, 171, 7 y sig. (Bartsch, 3, 165, y sig.).
 (2) Walther von der Vogelweide (Pfeiffer), 68, 3.
 (3) Hartmann von Owe, 2, *Büchlein*, 65 y sig.
 (4) Hartmann, *Erec.*, 5070 y sig.
 (5) *Id.*, 1, *Büchlein*, 1015.
 (6) *Parcival*, 343, 23 y sig. (Bartsch, 7, 173 y sig.).
 (7) Winsbeke, 31, 1 y sig.; 35, 3: 50, 3. *Warnung*, 325 y sig. Hugo von Trimberg, *Renner*, 47, 93 y sig., 55, 11 y sig. Hugo von Langenstein, *Martina*, 25, 61 y sig. (Keller, 63). Zingerle, *Sprichwoerter des Mittelalters*, 99 y sig. Dante, *Purgat.*, 17, 97 y sig.

mientos nobles y de esmerada educación; es superior hasta aquellas dos virtudes que tanto encomió la Edad Media: la lealtad y la constancia. Su antítesis «el exceso», ⁽¹⁾ que designa con frecuencia con una palabra que significa desorden, ⁽²⁾ tiene para ella el mismo significado que «grosería, falta de educación»; para ella es la «hermana de la debilidad», ⁽³⁾ la «madre de todos los pecados», ⁽⁴⁾ exactamente como lo leemos de un modo admirable en las revelaciones de una vidente alemana de los tiempos modernos, Catalina Emmerich. ⁽⁵⁾ Por el contrario, saber moderarse, ⁽⁶⁾ ó guardar la justa medida, estaba bien á todos en todo. ⁽⁷⁾

«Debe la justa medida
 »En todo ser conocida». ⁽⁸⁾

«Todo lo honraba la medida; es el principio de todas las virtudes, y nos hace favorable á Dios». ⁽⁹⁾ «La constancia y la medida son hijas de una misma virtud». ⁽¹⁰⁾ «El recato y la medida convienen lo mismo á los hombres que á las mujeres». ⁽¹¹⁾ «Si conviene más á la mujer el recato, y á los hombres la constancia y la lealtad, la medida está igualmente bien en unos y en otras». ⁽¹²⁾ «Saber guardar recato es más bien ideal del caballero secular ⁽¹³⁾ que del caballero religioso», ⁽¹⁴⁾ «pero sobre todo es ideal del hombre». ⁽¹⁵⁾ Á la mujer buena sólo le exigía una cosa la Edad

- (1) Lamprecht, *Alexanderlied*, 6764.
 (2) *Parcival*, 171, 16 (Bartsch, 3, 1662). Hartmann, *Erec.*, 6527. Walther (Pfeiffer), 72, 8; 80, 48; 169, 8.
 (3) Thomasin, 9885 y sig.
 (4) *Id.*, 13802.
 (5) Emmerich, *Leben der heiligen Jungfrau Maria*, 51.
 (6) Lamprecht, *Alexanderlied*, 6794, 7112.
 (7) *Id.*, 4718. Thomasin, 722 y sig.
 (8) Heinr. von dem Tûrlin, *Crône*, 27, 12 y sig.
 (9) Rinckenberk, 7 (Hagen, *Minnesinger*, I, 339).
 (10) Thomasin, 12, 339 y sig.
 (11) Friedr. von Sonnenburg, 1, 32. (Hagen III, 74).
 (12) Heinr. von Meissen (Frauenlob); *Spr.* 262, 4 y sig. (Ettmüller, 150).
 (13) *Parcival*, 13, 4. (Bartsch, 1, 364).
 (14) *Id.*, 489, 2 y sig. (*Id.*, 9, 16, 82 y sig.).
 (15) *Id.*, 2, 5 y sig. (*Id.*, 1, 35 y sig.).

Media: «permanecer siempre en la justa medida». ⁽¹⁾ «Honor al hombre que vive según la justa medida, ⁽²⁾ y nunca sale de ella»; ⁽³⁾ «pero á la mujer que está adornada de las dos virtudes, el pudor y la moderación, se le debe la más alta recompensa». ⁽⁴⁾ En lugar de la moral del Cristianismo, pueden poner sus nuevos descubrimientos los que con ella no se sienten satisfechos; pero no les envidiamos el honor de reemplazar nuestra ley por una moral de medianía ó por un sistema de falta de moderación. Basta con que podamos dar á la doctrina y á la vida cristianas el hermoso nombre que con orgullo les dió la Edad Media: «El orden de la justa medida». ⁽⁵⁾

12. Belleza y encanto irresistible de la virtud bien proporcionada.—¿Y cómo llegar á ese Orden de la justa medida? ¿Cómo poder ser armado caballero en esa Orden? Acaso el que desea llegar á la verdadera perfección ¿tendrá necesidad de muchas investigaciones sobre la naturaleza del bien y sobre los diferentes sistemas de filosofía, relativos á los deberes que debe cumplir? ¿Sólo el sabio ha de poder acariciar la esperanza de llegar á la perfección moral? Triste doctrina sería, porque habría millones de ignorantes excluidos de la virtud, mientras que nos enseña lo contrario la experiencia, esto es, que, con frecuencia, los menos ilustrados, los menos sabios, superan en aptitudes para la virtud á los más eruditos y á los más sabios. Una vida honesta no exige ni la agudeza de ingenio, ni la sutileza de la erudición; pero requiere otra cualidad que no es de adquisición difícil. «Puede la virtud, dice Santo Tomás, existir perfectamente sin la ciencia, pero es imposible adquirirla sin prudencia y sin buen sentido». ⁽⁶⁾ No hay más que, algunos pocos que pueden adquirir la ciencia, y, ¡cuánto no les cuesta esa adquisición! pero todos pueden

(1) *Parcival*, 3, 3 y sig. (Bartsch, 1, 63 y sig.).

(2) *Der Winsbeke*, 41, 5 y sig.

(3) *Passional* (Kœpke), 364, 22.

(4) *Die Winsbekin*, 5, 8; 6, 1; 7, 6.

(5) *Parcival*, 171, 13. (Bartsch, 8, 1659).

(6) Sto. Tomás, *Summa theologica*, 1, 2, q. 58, a. 4.

conseguir la prudencia; no se encuentra en los libros, con dificultad la enseñan los maestros; la facilita la práctica.

Por eso el filósofo griego ⁽¹⁾ y el santo cristiano, que le han dado naturalmente toda su aprobación, ⁽²⁾ dicen que «no es posible el bien sin prudencia». Pero tampoco es posible ser prudente sin la práctica de la virtud de la prudencia. Fúndase esta virtud únicamente en la armonía de la inteligencia y de la voluntad, y en la del corazón y de la acción exterior. Los sentimientos más nobles, si no se han equilibrado exteriormente, los actos más hermosos, si se han ejecutado fuera de ocasión, los sacrificios más heroicos, si se han llevado á cabo sin medida y sin prudencia, hacen la virtud enojosa, risible y despreciable. Pero es digno de admiración el que en todos sus actos se acomoda á la medida cabal y justa, ya sean actos propios de la vida ordinaria, ya esos actos brillantes que forman la gloria del héroe cristiano. No predicamos la medianía cuando decimos que no debe pasarse del justo medio; exigimos que, para la conveniencia y para la belleza, se manifieste en todas las acciones el sentimiento moral, desde la virtud heroica, elevada al más alto grado, hasta el poco ameno cumplimiento del deber de cada día. Entonces aparecerán con toda evidencia las palabras que tuvieron ya en los labios los antiguos, á saber: que «el decoro y la moralidad, el bien y la belleza, son una sola y misma cosa». Así cesará esa censura sin fundamento de que es desagradable el bien y enojosa la virtud. Se hará también amable la piedad moviendo á la imitación. Y en presencia de sus despreciadores, se justificará la virtud por su natural y encantadora belleza, convirtiendo en admiradores entusiasmados á los que habían comenzado á huir de ella.

¡Ojalá la comprendan y la practiquen en su vida los cristianos! Entonces el incrédulo tendrá que callarse y saludará con gozo y entusiasmo el conocimiento de su fe.

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 6, 13, 2; 10, 8, 2.

(2) Sto. Tomás, *In Ethic.*, 1, 6. Lect. 11, c.

Así miraba en otro tiempo la reina pagana á los héroes de la Edad Media, verdaderos caballeros de la justa medida. Y después de contemplarlos un rato, exclamó, poseída de admiración y entusiasmo: «Veo ahora que los que estáis bautizados poseéis los más elevados dones, y que es merecido vuestro elogio, porque es magnífica la nobleza de vuestro continente, y brilla en vosotros la belleza unida á la fuerza viril». ⁽¹⁾

(1) *Parcival*, 329 y sig. (Bartsch, 6, 1474 y sig.).

CONFERENCIA XVI

CARÁCTER DE LA VIRTUD CRISTIANA

1. El simbolismo religioso como termómetro de la cultura del espíritu. El ideal animal de las antiguas imágenes de los dioses: el carácter humano de los productos del arte cristiano.—Uno de los mejores medios para determinar la elevación de la cultura intelectual de un pueblo consiste en examinar su simbolismo religioso. El simbolismo escoge un objeto de la vida natural, por medio del cual hace sensible una idea suprasensible. Cuanto más natural y sencilla es la imagen sensible, tanto más claramente expresa el simbolismo lo que debe significar; y cuanto más elevada es la idea oculta bajo la representación sensible, más soberanamente representa su papel. Por eso no puede hacer nada conveniente, sino con la doble condición de hallarse tan bien en sí misma, en el dominio de la naturaleza, como claramente conduce á lo suprasensible y al mundo del espíritu.

Considerado desde este punto de vista, no hay duda que pertenece el primer premio al simbolismo religioso de la Edad Media. Su inagotable variedad, su sencillez, la profundidad de su lenguaje, son cosas que desgraciadamente hoy nos son inaccesibles. Por el contrario, la civilización de la antigüedad, acusa en esta materia tal pobreza y tal impotencia, que no es posible cubrirlas con color alguno. Sólo hay un punto incomprensible, y es que están siempre obstinados los sabios en hallar profundos y grandiosos misterios en las ceremonias de Eleusis. Pero los antiguos no tenían misterios que ocultar. Si nos hablan